

## XIV

### LA INFANCIA DE LA EMPERATRIZ

Hemos dicho que Luis Napoleón había llegado á París el 12 de noviembre de 1836 y que había pasado dos horas en una habitación de la prefectura de la que hablaríamos más adelante. Esta habitación en la que el prefecto, M. Gabriel Delessert, le recibió con exquisita cortesía, era el comedor, y á ella acudían casi todas las mañanas los hijos del prefecto, Cecilio y Eduardo, á tomar lecciones de gimnasia bajo la dirección del sargento del batallón de zapadores-bomberos M. Delestrée, con dos niñas españolas, la mayor de las cuales debía ser andando el tiempo la duquesa de Alba, y la menor la emperatriz de los franceses. Se ofreció al príncipe un refrigerio, pero sólo algunos bizcochos y una copa de Champagne. A las cuatro de la mañana emprendía de nuevo la marcha con buena escolta, sin sospechar que en su camino de proscrito se había detenido unos instantes en una estancia á la que iba casi todos los días la niña destinada á sentarse con él en el trono de Francia.

Cuando diez y seis años después Napoleón III anunció en las Tullerías á las grandes corporaciones del Estado su casamiento, dijo que su prometida era «una mujer de elevado nacimiento, francesa de corazón y por educación.» Según lo ha hecho observar Fernando Giraudeau, muchas personas creyeron entonces que Napoleón III, al hablar así, exageraba un poco para hacer más simpática á los franceses su nueva soberana. Y sin embargo, nada era más cierto. Hemos hablado ya del valor que el padre de la emperatriz Eugenia había demostrado peleando como coronel en el ejército de Napoleón. Ningún francés había servido á Francia con más abnegación que este gran señor español, el cual educó á sus hijas inspirándoles respeto y admiración á la memoria del emperador. Su casa de Madrid, situada en la calle del Sordo, estaba llena de arriba á abajo de recuerdos napoleónicos. Aparte de esto, la futura soberana fué iniciada en la leyenda imperial por los relatos de dos maravillosos narradores, Próspero Merimée, autor de la *Crónica del reinado de Carlos IX*, y Stendhal (Enrique Beyle), autor de la *Cartuja de Parma*. Desde su más tierna infancia su imaginación novelesca quedó deslumbrada por la interesante conversación de aquellos dos hombres que tan bien narraban las glorias de la epopeya.

En 1830 Merimée vió por primera vez al padre de la emperatriz. Éste, que no tomó el título de conde de Montijo hasta la muerte de su hermano mayor,

ocurrida en 1834, se llamaba entonces D. Cipriano Guzmán Palafox y Portocarrero, conde de Teba. Merimée viajaba por España cuando conoció al conde en una diligencia: en seguida se hicieron amigos, y poco después el brillante escritor francés, presentado á la condesa de Teba, fué en Madrid uno de los huéspedes más asiduos de la casa de la calle del Sordo. En el notable libro que Augusto Filón ha consagrado á Próspero Merimée, ha hecho mención de este recuerdo, así como un justo elogio del coronel Portocarrero. Este era el nombre que llevaba el padre de la emperatriz cuando era coronel de artillería en el ejército francés. «Durante la defensa de París en 1814, dice Filón, mandaba los alumnos de nuestra Escuela politécnica, y el coronel Portocarrero fué quien disparó los últimos cañonazos que desde lo alto de los cerros de Montmartre retrasaron un día nuestra vergüenza. Complácese la imaginación en columbrar entre aquella espesa humareda ese hermoso y pálido rostro, ennoblecido más bien que desfigurado por la terrible herida que le privó de un ojo; ese soldado filósofo con la mente llena de confusos ensueños de emancipación y de progreso, caído en desgracia por haber amado en demasía la libertad y la Francia, y que hasta el último momento soportó dignamente su desgracia.» La emperatriz Eugenia colocó en sus habitaciones de las Tullerías una miniatura de su padre: estaba representado con una venda de seda negra que le cruzaba la cara en el sitio donde había perdido un ojo de resultas de una herida recibida en servicio de Francia. A pesar de esto, el parecido con su hija era sorprendente: las mismas facciones nobles y arrogantes, la misma tez brillante, los mismos cabellos dorados.

Merimée sintió vivo afecto por los condes de Teba. «Por las venas de la condesa corría sangre escocesa y sangre walona, ha dicho Filón. Maravilló y encantó á Merimée por su gracia, la viveza de su imaginación y de su palabra y la extensión de sus conocimientos. Sabía á fondo la historia de España, de sus antiguos reyes, de su lengua y de sus monumentos. — ¿Recordáis, escribía Merimée más adelante, las bonitas leyendas que me contabais en 1830, en la calle del Sordo, acerca de la Alhambra y del Generalife? — Para completar el atractivo de aquella casa, hay que representarse dos niñas de cinco y cuatro años, Paca y Eugenia, jugando alrededor de su madre. Eugenia, la ahijada de su tío el conde de Montijo, nacida en Granada, en un jardín, en el momento de un temblor de tierra, llamaba la atención por su mirada pensativa, asombrada, melancólica; mirada predestinada que, andando el tiempo, vió París en los ojos de su hijo. Parecía como si aún no se hubiera recobrado de su entrada en la vida, ó que en sus vagos ensueños infantiles se atravesaran efectos teatrales. Pero ¿quién habría podido pensar en todo esto cuando el joven visitante de la calle del Sordo acariciaba los cabellos de oro de la pequeña Eugenia, mientras su madre contaba las leyendas de los reyes moros, las proezas del Cid y los hechos de Pelayo y del rey D. Pedro?»

El conde de Teba, que antes de la muerte de su hermano mayor el de Mon-

tijo, tenía pocos bienes de fortuna, daba á sus hijas una educación sencilla, modesta y severa. Heredero en 1834 del título y de las riquezas de su hermano, el nuevo conde de Montijo no alteró en nada sus costumbres. Quiso que sus hijas continuasen siendo educadas como cuando eran pobres y que se ayesasen á las privaciones y á la fatiga.

Aquel mismo año estallaron graves turbulencias en España. El general de Castellane, que mandaba á la sazón en Perpiñán, vió llegar el 29 de julio á aquella ciudad á la condesa de Montijo con sus dos hijas y su hijo Paco, muerto en edad temprana. Muchas familias españolas, huyendo de la guerra civil y del cólera, buscaban un refugio en Francia. El conde de Montijo, senador desde la muerte de su hermano, se había quedado en Madrid, pero dispuso que su mujer y sus hijos cruzaran los Pirineos. Al general de Castellane le pareció la condesa inteligente y bella.

Esta se trasladó en seguida á París, donde trabó íntima amistad con la familia Laborde. Hombre de mundo y sabio distinguido, individuo de la Academia de Ciencias morales y políticas, el conde Alejandro de Laborde y la condesa tenían tres encantadoras hijas casadas, una con M. Gabriel Delessert, prefecto de policía; otra con M. Eduardo Rocher, y la tercera con M. Odier. Entre los habituales concurrentes de su casa figuraban Merimée y Enrique Beyle (Stendhal). El primero se alegró mucho de encontrar en París á la hermosa condesa de Montijo; ésta fué quien le contó la anécdota que luego le sirvió para argumento de *Carmen* y la que más adelante le sugirió su *Don Pedro*. Merimée quería mucho á las hijas de la condesa, las llevaba á paseo, les corregía los temas franceses y les daba lecciones de escribir y de estilo.

Enrique Beyle frecuentaba también el salón de la condesa de Montijo y contaba á las pequeñas Paca y Eugenia historias de Napoleón que las entretenía mucho. Pero dejemos la palabra á M. Filón que nos da estos detalles: «Las noches en que venía M. Beyle, me ha dicho muchas veces la emperatriz, eran noches aparte. Le aguardábamos con impaciencia, porque aquellos días nos acostábamos más tarde. ¡Y sus narraciones nos entretenían tanto!» El antiguo preceptor del infortunado príncipe imperial añade: «Imagínese á cada una de las dos niñas sentadas en una rodilla de Beyle, y bebiendo, por decirlo así, sus palabras; él desarrollando episodio por episodio ese prodigioso drama de que había sido testigo, poco más ó menos como ha descrito la batalla de Waterloo en la *Cartuja de Parma*, con esa sinceridad, con ese don del detalle sugestivo que daba vida á las cosas. En medio de estos relatos de glorias y reveses, en que las derrotas igualaban en grandiosidad á los triunfos, el hombre de Marengo y del Moskowa, el héroe del sombrero pequeño y del levitón gris hacía bruscas y deslumbradoras apariciones. Beyle, para hacerle visible á los ojos á la vez que á la imaginación, daba estampas á las niñas, y la emperatriz conserva aún una batalla de Austerlitz regalada por su amigo.»

En 1837, la futura soberana ingresó con su hermana en el convento del Sa-

grado Corazón de la calle Varenne en París, donde hizo su primera comunión: allí se la designaba con uno de sus apellidos: Palafox. Eugenia Palafox, como se la llamaba entonces, era una muchacha jovial, simpática, muy querida de las religiosas y de las alumnas. Algunos años después, cuando fué prometida del soberano de Francia, su primera idea fué ir á hacer una visita al convento donde había pasado un año feliz de su infancia, y quiso verlo todo otra vez, las salas de estudio, el refectorio, el dormitorio y sobre todo la capilla donde había rezado con tanto fervor. Conoció á una anciana religiosa que desempeñaba uno de los cargos más modestos del convento, y la abrazó con efusión.

Acabamos de echar una ojeada sobre la infancia de la emperatriz Eugenia. Volvamos á Napoleón, á quien hemos dejado en la ciudadela de Port-Louis cerca de la rada de Lorient, en el momento de embarcarse para los Estados Unidos.

Luis Napoleón pasó diez días prisionero en la ciudadela de Port-Louis antes de embarcarse para América. Los vientos eran siempre contrarios é impedían que saliera del puerto la fragata *Andróméda*, en la que el príncipe debía hacer su travesía. Antes de alejarse de las playas francesas, escribió á un amigo la siguiente carta: «Parto con el corazón destrozado por no haber podido compartir la suerte de mis compañeros de infortunio, pues hubiera querido ser tratado como ellos. Por haberse malogrado mi empresa, ignorado mis intenciones, y sido, á pesar mío, mi suerte diferente de la de los hombres cuya existencia he comprometido, pasaré á los ojos de todo el mundo por un loco, un ambicioso y un cobarde. Sabré soportar este nuevo destierro con resignación; pero lo que me desespera es dejar encarcelados á unos hombres para quienes ha sido tan fatal su abnegación por la causa imperial. Yo hubiera querido ser la única víctima.

»P. D. — Es falso que tenga yo la menor relación íntima con Mme. Gordón; es falso que haya procurado tomar dinero á préstamo, y es falso que me hayan exigido el juramento de no volver más á Europa.»

El 21 de noviembre de 1836 un buque de vapor remolcó á la *Andróméda*, y M. Villemain, subprefecto de Lorient, se presentó á decir al príncipe que debía partir. Bajáronse los puentes levadizos de la ciudadela; salió el prisionero, acompañado del subprefecto, del comandante de la plaza y del oficial de gendarmería de Lorient, y por fin de los dos oficiales y sargentos que le habían llevado allí desde París. Todos entraron en las lanchas para pasar á bordo de la fragata que aguardaba al príncipe. En el momento de subir dijo á M. Villemain: «No podré volver á Francia hasta que el león de Waterloo no esté de pie en la frontera.» Habiéndole preguntado el subprefecto si al llegar á los Estados Unidos encontraría algunos recursos, «ninguno,» contestó Luis Napoleón. «Pues bien, príncipe, replicó M. Villemain, el rey me ha encargado que os entregue quince mil francos que están en oro en esta cajita.» Luis Napoleón aceptó: saludó cordialmente á las personas que le habían acompañado, luego comenzó la travesía y el príncipe vió cómo la costa francesa desaparecía ante él.

Los quince primeros días fueron penosos; la tempestad y los vientos contrarios echaron la fragata hasta el canal de la Mancha; era imposible dar un paso á bordo sin agarrarse á todo cuanto se encontraba á mano. Pero el príncipe no

se quejaba; antes al contrario, se mostraba contento por verse retenido unos días más cerca de su patria. «Si la tierra natal me era contraria, ha escrito, en cambio los vientos me parecían favorables: no querían llevarme lejos de las playas francesas.»

Diez y siete días pasaron en el golfo de Gascuña.

Al llegar á los 32° de latitud, el capitán de la *Andróméda* abrió unos pliegos sellados, escritos de puño y letra del ministro de Marina, quien le ordenaba que condujese al príncipe á larada de Río Janeiro, aunque sin desembarcarle en ella; que impidiese toda comunicación con él, y que después de hacer las provisiones necesarias, le llevase á Nueva York. La fragata estaba destinada á ir á los mares del Sur, donde debía permanecer de estación dos años. El cambio de itinerario la obligaba á navegar tres mil leguas más, porque desde Nueva York debería volver á Río, orzando mucho al Este para coger los vientos alisios. El misterio que acompañó á la determinación del gobierno y el inconveniente que resultaba para la *Andróméda* de tan largo rodeo, probaban que aquella medida se había adoptado únicamente para impedir que el príncipe se comunicara con sus amigos antes del fin de su proceso.

Luis Napoleón, siempre impasible, no prorrumpía en ninguna queja; antes al contrario, se mostraba agradecido á las consideraciones que le guardaba el comandante, Enrique de Villeneuve, capitán de navío, «hombre excelente, franco y leal á fuer de marino viejo.» Cuando en 1851 se agració á M. de Villeneuve con la cruz de comendador de la Legión de honor, un periódico inglés recordó que en 1836, á bordo de la *Andróméda*, este marino había dado á Luis Napoleón parte de su ropa, y que el príncipe le dijo entonces: «Soy muy pobre y muy desgraciado; pero acordaos de que la persona á quien hacéis hoy este favor será algún día emperador de los franceses.»

El sobrino de Napoleón, cautivo en un barco que calificaba de «patria flotante,» seguía teniendo fe en su estrella á pesar de sus crueles decepciones; pero fuerza le era reconocer que esta estrella estaba por el momento oculta tras espesas tinieblas; y había horas en que necesitaba un singular dominio sobre sí mismo para no dejar traslucir la profunda melancolía que llenaba su alma. El 14 de diciembre de 1836, á la vista de las Canarias, escribió á la reina Hortensia: «Querida mamá: Todo hombre lleva consigo un mundo, compuesto de cuanto ha visto y amado y en el que penetra sin cesar aun cuando piense en el mundo ajeno; y entonces ignoro lo que es más doloroso, si acordarse de las desdichas que nos han sobrevenido ó de los tiempos felices que pasaron.

»Ha transcurrido el invierno y estamos otra vez en verano; los vientos alisios han sucedido á los temporales, y por esto puedo estar la mayor parte del tiempo sobre cubierta. Sentado en la toldilla, pienso en lo que me ha sucedido, así como en vos y en Arenenberg. Las situaciones dependen del cariño con que se las mira; hace dos años, yo solicitaba no volver más á Suiza; hoy, si me dejara llevar de mis impresiones, no desearía otra cosa sino encontrarme en mi

cuartito, en ese hermoso país en el que me parece que habría de ser tan feliz. ¡Ah! Cuando se tiene un alma que siente intensamente, está uno destinado á pasar los días en el abatimiento de la inacción ó en las convulsiones de las situaciones dolorosas.»

El príncipe no ocultaba ninguno de sus pensamientos á su madre. Recordando su disgusto por no haber podido obtener la mano de su prima la princesa Matilde, añadía en la misma carta: «Cuando hace algunos meses volvía de acompañar á Matilde, al entrar en el parque vi un árbol desgajado por la tempestad, y al punto se me ocurrió: — ¿El destino romperá también nuestro enlace?... — Lo que suponía vagamente se ha realizado. ¿Acaso he consumido en 1836 toda la parte de felicidad que me había cabido?»

Esta carta, llena de ideas melancólicas, terminaba así: «No me acuséis de debilidad si me dejo llevar del deseo de daros cuenta de todas mis impresiones. Se puede echar de menos lo que se ha perdido, sin arrepentirse de lo que se ha hecho. Además, nuestras sensaciones no son bastante independientes de las causas interiores para que nuestras ideas no se modifiquen algo; la luz del sol ó la dirección del viento ejercen gran influjo en nuestro estado moral. Cuando hace buen tiempo como hoy y el mar está tranquilo como el lago de Constanza cuando nos paseamos por él de noche, y la luna — la misma luna — nos alumbraba con igual resplandor azulado, y la atmósfera, en fin, es tan suave como en el mes de agosto en Europa, entonces estoy más triste que de ordinario; todos los recuerdos, penosos ó alegres, vienen á caer con el mismo peso sobre mi pecho: el buen tiempo dilata el corazón y lo hace más impresionable, mientras que el mal tiempo lo oprime; sólo las pasiones están por encima de las inclemencias de las estaciones.»

Luis Napoleón, casi siempre triste, no estaba jamás desalentado. El ardor de su fe política le reanimaba y sostenía: no era tan sólo un soñador, sino también un fanático. Su idolatría á la memoria del vencedor de Austerlitz mantenía su alma en un estado de perpetuo éxtasis. Escribía al coronel Vaudrey: «Por espacio de dos meses, entre los trópicos, á sotavento de Santa Elena, ¡ah!, no he podido divisar la roca histórica; pero me parecía siempre que los aires me traían las últimas palabras que el emperador moribundo dirigía á sus compañeros de infortunio: «He sancionado todos los principios de la revolución, los he infundido en mis leyes, en mis actos; no hay uno solo que yo no haya consagrado; por desgracia, las circunstancias eran graves..... La Francia me juzga con indulgencia, tiene en cuenta mis intenciones, aprecia mi nombre, mis victorias; imitadla, sed fieles á las opiniones que hemos sustentado, á la gloria que hemos adquirido; fuera de esto, no hay más que vergüenza y confusión.»

El príncipe se había granjeado el afecto de oficiales y marineros con su dulzura y su extremada cortesía: «Al verle entre nosotros, ha dicho uno de ellos, se le hubiera tomado por un almirante á bordo más bien que por un deportado.» Comía á la mesa del comandante, que le colmaba de atenciones y le había ce-

dido la cámara de popa. El 28 de diciembre pasaron la línea equinoccial, y el comandante le dispensó del acostumbrado bautismo. El día primero de año todos los oficiales visitaron al príncipe, y él escribió esta carta á su madre:

«1.º de enero de 1837.

»Querida mamá: Hoy es el día de cabo de año; estoy á mil quinientas leguas de vos, en otro hemisferio; por fortuna, el pensamiento recorre todo este espacio en menos de un segundo. Estoy cerca de vos, y os expreso todo mi sentimiento por los sinsabores que os he causado; y os renuevo la expresión de mi cariño y de mi gratitud.

»Esta mañana los oficiales han venido en corporación á felicitarme por el nuevo año, y les he agradecido sobre manera esta atención. A las cuatro y media estábamos sentados á la mesa; como estamos á 17 grados de longitud Oeste de Constanza, entonces eran las siete en Arenenberg, y vos estaríais probablemente comiendo; he brindado mentalmente á vuestra salud, y sin duda habréis hecho otro tanto por mí; al menos me he complacido en creerlo así en tal momento. He pensado también en mis compañeros de infortunio; ¡ay!, ¡siempre pienso en ellos! He pensado que eran más desgraciados que yo, y esta idea me ha hecho más desgraciado que ellos.»

El 5 de enero, nueva carta del príncipe á su madre: «Ayer tuvimos un turbión que cayó sobre nosotros con extraordinaria violencia. Si el viento no hubiera desgarrado las velas, la fragata habría corrido peligro de zozobrar; le rompió un palo; la lluvia caía con tanta impetuosidad que el mar parecía todo blanco. Hoy la atmósfera está tan despejada como de costumbre, se han remediado las averías y nadie se acuerda ya del mal tiempo: ¡por qué no habrá de ser lo mismo con las tempestades de la vida! Y á propósito de fragata, el comandante me ha dicho que la que llevaba vuestro nombre está actualmente en el mar del Sur y se llama la *Flora*.»

El 10 de enero, la *Andrómeda* entraba en la rada de la capital del Brasil y el príncipe escribía á su madre: «Acabamos de llegar á Río Janeiro; el golpe de vista es magnífico; mañana haré un dibujo de él. Creo que podréis recibir pronto esta carta. No se os ocurra venir á reuniros conmigo; todavía no sé dónde me estableceré; quizás tenga más probabilidades de vivir en la América del Sur; el trabajo á que lo inseguro de mi suerte me obligará á dedicarme para crearme una posición será el único consuelo de que podré disfrutar. Adiós, madre mía; recuerdos á vuestros antiguos servidores y á nuestros amigos de Turgovia y de Constanza. Sigo bien.»

Después de una corta arribada á la rada de Río, y sin que el príncipe hubiera alcanzado permiso para desembarcar, la *Andrómeda* prosiguió su viaje á los Estados Unidos y llegó á Norfolk el 30 de marzo de 1837. Luis Napoleón puso el pie en el suelo americano: estaba libre.

Y sin embargo, no pensó más que en la bandera y en los compatriotas de quienes se separaba. «Considerad lo extraños que son los sentimientos humanos, escribió al coronel Vaudrey. En mi malhadada empresa, sólo dos veces las lágrimas han revelado mi dolor: la primera cuando, separado de vosotros, supe que no estaría á vuestro lado para compartir vuestra suerte, y la segunda cuando, al salir de mi fragata, iba á recobrar la libertad.»

## XVI

## NUEVA YORK

En el momento de desembarcar en los Estados Unidos, Luis Napoleón recibió una noticia que le llenó de júbilo. Sus cómplices en la intentona de Estrasburgo habían sido absueltos por el jurado de esta ciudad el 18 de enero de 1837. Cuando se anunció el veredicto resonaron manifestaciones entusiastas en todos los ámbitos de la sala y se dieron los gritos de «¡Viva el jurado!, ¡viva Alsacia!» Los procesados, puestos en libertad, subieron á un coche, y el pueblo los siguió aclamándolos. Estrasburgo parecía estar de fiesta y hasta la guarnición se asoció á la satisfacción popular.

El príncipe salió en seguida de Norfolk y se trasladó á Nueva York, en donde el día de su llegada comió en casa del general Watson Webb con el general Scott y varios senadores y hombres de Estado. Al entrar en dicha ciudad americana recibió cartas que le depararon gran consuelo: eran del rey Luis y de la reina Hortensia. A la primera contestó en estos términos:

«Nueva York, 10 de abril de 1837.

»Mi querido padre: Después de pasar cuatro meses y medio en el mar, he desembarcado por fin en Norfolk el 30 de marzo. Al llegar aquí, he encontrado una carta que me transmitía vuestra bendición; era lo más grato á mi corazón que podía encontrar aquí. He recibido otras muchas cartas, y en medio de mi desdicha, me doy por muy contento al ver que tantas personas me demuestran una adhesión tan evidente. He tenido desgracia, pero creed que no he hecho nada contrario al honor ni á la dignidad del nombre que llevo.»

Las cartas de la reina Hortensia se habían ido acumulando hacía muchos meses en Nueva York, pues la reina ignoraba el largo rodeo que había dado la *Andrómeda*. Su correspondencia fué un bálsamo consolador para el alma del desterrado. El corazón de una madre es un asilo donde los desheredados de la suerte hallan siempre inefables consuelos. Hortensia no había aprobado la temeraria empresa del príncipe, el cual se la había ocultado cuidadosamente, sabiendo que si hubiera sido conocedora de semejante proyecto, habría hecho todo lo posible por disuadirle; pero viendo á su hijo desgraciado y abandonado por toda la familia Bonaparte, no quiso escribirle una sola línea que pudiera afligirle. Sa-